



Estudios Sociales

ISSN: 0188-4557

estudiossociales@ciad.mx

Coordinación de Desarrollo Regional

México

Salazar Antúnez, Gilda

Reseña de "Espacios de enfermedad y sanación. Los amuzgos de Oaxaca. Entre la Sierra Sur y los  
campos agrícolas de Sonora" de Elizabeth Cartwright

Estudios Sociales, vol. 13, núm. 25, enero-junio, 2005, pp. 172-177

Coordinación de Desarrollo Regional

Hermosillo, México

Disponible en: <http://www.redalyc.org/articulo.oa?id=41702507>

- ▶ Cómo citar el artículo
- ▶ Número completo
- ▶ Más información del artículo
- ▶ Página de la revista en redalyc.org

redalyc.org

Sistema de Información Científica

Red de Revistas Científicas de América Latina, el Caribe, España y Portugal

Proyecto académico sin fines de lucro, desarrollado bajo la iniciativa de acceso abierto



## Elizabeth Cartwright: Espacios de enfermedad y sanación. Los amuzgos de Oaxaca. Entre la sierra sur y los campos agrícolas de Sonora\*

Gilda Salazar Antúnez\*\*

\* Elizabeth Cartwright, *Espacios de enfermedad y sanación. Los amuzgos de Oaxaca. Entre la Sierra Sur y los campos agrícolas de Sonora*, Hermosillo, Sonora, México, El Colegio de Sonora, 2003.

\*\* Investigadora titular del Área de Desarrollo Regional  
del Centro de Investigación  
en Alimentación y Desarrollo, A. C.  
Correo electrónico: gisal@cascabel.ciad.mx

**D**espués de leer las primeras páginas del libro de Elizabeth Cartwright, comprendí porque la autora lo tituló *Espacios de enfermedad y sanación*. El nombre responde a distintos aspectos en relación a estos dos conceptos. Por una parte, describe y analiza el desplazamiento de los actores objeto de esta obra y, por otra parte, trata sobre el desplazamiento espacial que la misma autora ha tenido que hacer para escribirla.

Desde la relación de los contenidos del libro, la autora presenta el espacio geográfico y el medio ambiente como elementos no sólo de riesgo para la salud, sino como parte de la particular forma en que los amuzgos -índigenas de la sierra de Oaxaca- conciben las enfermedades, así como la manera en que las adquieren y los procedimientos que utilizan para su tratamiento. Es una reflexión profunda acerca de las concepciones de la enfermedad y la curación y de la importancia que tienen en éstas el espacio, el tiempo y el ambiente; concepto este que incluye tanto la atmósfera física propiamente dicha, como el ambiente político y el de las emociones.

El libro aborda las realidades de la salud-enfermedad de los amuzgos en su lugar de origen, Oaxaca, así como de los que se han trasladado a Sonora. Es una obra con un gran tema -en el que están contenidos otros más-, en la que se trata de integrar dos espacios geográficos, en dos culturas distintas y dos realidades sociales y espaciales diferentes. *Espacios de enfermedad y sanación* es una etnografía que nos acerca, de manera espléndida e inteligente, a las concepciones y cuidados de la salud-curación de un grupo indígena. Es,



por tanto, un estudio de antropología médica y, al mismo tiempo, un ejemplo creativo y riguroso de metodología cualitativa, en el que se condensan elementos de otras miradas y otras disciplinas, como la misma autora lo constata, al incluir a la etnomedicina como su marco conceptual.

Desde mi punto de vista, incluye también, declarándolo o no, una mirada ecológica y biopolítica que nos lleva a reflexionar sobre los temas que nos propone la autora –desde la visión emergente de la ecología política– para pensar la salud como un ecosistema social y político.

Elizabeth Cartwright toma como ejes de análisis el cuerpo, el ambiente, la geografía y la pobreza, para describir y mostrarnos de qué se enferman los amuzgos y cuál es la explicación que ellos dan a sus malestares físicos. Nos presenta un sencillo, pero bien fundamentado análisis, sobre la relación entre salud física, salud emocional, medio ambiente y política. Lo logra de manera precisa y brillante al describir y analizar cómo los pobladores describen sus síntomas y cómo en ocasiones son relacionados con situaciones producto del ambiente político enardecido del pueblo.

He dicho, en primera instancia, que es un libro de metodología cualitativa, porque si atendemos al rigor y la forma de la descripción, la presentación de los datos y el análisis de los mismos, nos percatamos que la autora nos está presentando un ejemplo claro de cómo, en el desarrollo de una descripción etnográfica, se entrelazan la entrevista, las notas de campo y el propio análisis de los hallazgos a la luz de su marco teórico.

Como parte de los propósitos del libro –la descripción y el análisis de las “enfermedades tradicionales” de los amuzgos–, la autora nos muestra como se transita del enfoque de “enfermedad” al enfoque de las “emociones”, dejándonos ver –a través de los testimonio obtenidos, de su descripción y de su análisis– la forma en que ella fue llevada por sus mismos informantes a comprender los conceptos que éstos tienen sobre las emociones. Éstas, las emociones, se consideran “entes” que al entrar en el cuerpo, a través del ambiente, constituyen un malestar. Elizabeth Cartwright analiza y nos explica cómo este concepto que ellos tienen de las emociones está incorporado en lo que nosotros consideramos como síntomas de determinados padecimientos. El libro desarrolla también diversos elementos que podrían pertenecer a otras disciplinas, como por ejemplo, cuando la autora afirma:



con este fin, sugiero que al reconceptualizar las enfermedades tradicionales como emociones con síntomas físicos que se experimentan dentro de un contexto geográfico y político específico, nos encontramos un paso más cerca de entender un sentido de sí mismo y del lugar, experimentado de manera distinta... (p. 45)

Finalmente, *Espacios de enfermedad y sanación* es un planteamiento novedoso, tal vez para pensarla bajo el concepto de ecosalud; concepto que la autora no introduce pero que sin embargo deja planteado (es decir, ese vínculo circular emoción-enfermedad-ambiente sociopolítico y síntoma), al señalar:

En este libro amplió el análisis antropológico para poder entender las enfermedades tradicionales en este sentido relacional. Los datos que obtuve durante el trabajo de campo muestran que las diversas enfermedades interactúan entre ellas, fueron precursoras de otras afecciones tradicionales. Estas afecciones llevaban diferentes valores sociales particulares. Las personas presentaron de manera estratégica uno u otro de los diagnósticos en competencia con situaciones sociales particulares. Además eran una forma local y políticamente correcta para criticar el abuso dentro del matrimonio, la insatisfacción de las necesidades básicas y, aun del temor a la presencia militar en la comunidad por parte del ejército. (pp. 47-48)

A través del análisis, Elizabeth Cartwright va describiendo, a fin de comprender, mediante este recurso, de que manera las situaciones de vida, las emociones y los síntomas físicos descritos por las personas entrevistadas, cobran vida para expresarse y dar forma, en los cuerpos individuales, a determinadas enfermedades como *susto* o *coraje*. Está en perspectiva la relación de los cuerpos con el medio ambiente y hay una concepción política del cuerpo; el cuerpo como objeto de poder, como ente que ejerce o no poder sobre él mismo o sobre otros cuerpos, y también el cuerpo cautivo y víctima de la pobreza, no sólo económica y cultural, sino, aún más, en esa pobreza de las instituciones de salud, llámese clínica, médico o enfermera.

La investigadora y los actores nos hablan de aspectos tan escuchados por nosotros como “el antojo”, “el susto” y “el coraje”:



La conceptualización de los amuzgos acerca del coraje, el antojo, la bilis, la muina, el espanto y demás padecimientos emocionales, también son recuerdos llenos de sentimientos. Son recuerdos que evocan simultáneamente épocas de dificultad colectivamente expresadas y sentidas. Son recuerdos sensuales de cuando los cuerpos son limpiados con aromáticas hierbas, mientras el huevo suave y fresco se desliza por la piel. (p. 107)

La descripción se logra a través de una prosa que no se puede dejar de leer, pues la autora nos introduce en una descripción profunda y detallada y nos hace sentir como si una estuviera ahí, en el lugar de los hechos.

Al expresar y explicar los síntomas más frecuentes, Elizabeth Cartwright nos lleva a los ejes y padecimientos: primero el "coraje", después el "antojo", que son producto de cualquier deseo insatisfecho y que se curan con comida. Se describen claramente las expresiones personales de malestares e insatisfacciones que, más que enfermedades propiamente dichas, son manifestaciones de distinta clase de eventos en el ambiente, que se dan en determinados lugares y espacios, en este caso del pueblo de los amuzgos.

De esta manera, en *Espacios de enfermedad y sanación*, se nos presenta la salud como un sistema complejo que relaciona las emociones con los padecimientos corporales y físicos y, a su vez, a este complejo sistema con situaciones sociales: relaciones interpersonales en la familia, eventos en las parejas que expresan las inequidades de género hasta su máxima expresión, como las agresiones verbales y físicas; es decir, nos presenta a la salud no como un proceso centrado en el cuerpo físico y vinculado con la institución médica, sino como un fenómeno mucho más complejo. Concibe la salud como un sistema que vincula ese cuerpo físico con el cuerpo emocional, el mundo natural y las relaciones sociales y étnicas, en un contexto de pobreza y de violencia agregada por el ambiente político. Antojo-malaire-coraje; todas enfermedades y síntomas que podrían caber en una sola definición: pobreza.

En el capítulo III, Elizabeth Cartwright da un salto inexplicable, pero necesario, para hablarnos de lo que ella llama los paisajes de curación, que son los espacios de curación, pues "las enfermedades provienen de sitios específicos y se necesita curar tanto al individuo como al lugar" (p.143); se trata precisamente de la relación compleja entre los actores y los espacios de curación biomédicas; es decir, las clínicas del pueblo, las enfermeras, los médicos y los



curanderos. Y surge ahí la descripción y existencia de los naguales para describir determinadas eventos de lo que podrían ser enfermedades fuertes e inexplicables. Una cosa es muy clara en el texto que se reseña, y es la referencia permanente al cuerpo –el cuerpo como campo de afecciones y reflexiones–, el cual se constituye como un hilo central en el análisis. El cuerpo como un sujeto de memoria histórica-física de las enfermedades, de las emociones y del medio ambiente, tanto como del ambiente laboral, pues incluye condiciones de trabajo, salud e higiene –como las exposiciones de riesgo a sustancias tóxicas–, pero donde el cuerpo es el referente, el receptor –recibe y emana–, vinculado todo al ambiente general y todo ello vinculado al mismo tiempo a las conceptualizaciones de los procesos de salud-enfermedad.

Para mí, este es uno de los grandes aciertos de la autora. Otro, no menos importante, es que ella nunca deja de lado en su análisis la crítica política y las condiciones de vida de las personas con las que dialoga. Fuerte y profundamente nos va dejando claro el vínculo de esos aspectos de la salud con las condiciones de vida de los indígenas, de tal manera que no se pierde en la etnografía novelesca de los pobres de México, ni en la mirada romántica de una “gringa” que vino a conocer el país porque estudió Antropología en un lugar de Arizona. El estudio es un franco y honesto esfuerzo por mostrar la realidad social y de salud de un grupo indígena del país que ha terminado siendo la fuerza de trabajo de mayor importancia para los agricultores de Sonora y Sinaloa.